

Vióle un estudiante, y dijo:

—Desta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca, a lo que yo creo.

Oyólo Sancho, y dijo:

—Diez y seis o diez y siete días ha, hermano murmurador, que entré a gobernar la ínsula que me dieron; en los cuales no me ví harto de pan siquiera una hora; en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; y siendo esto así, como lo es, no merecía yo, a mi parecer, salir desta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien a cada uno; y cual el tiempo, tal el tieno; y nadie diga desta agua no beberé; que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas; y Dios me entiende, y basta; y no digo más, aunque pudiera.

—No te enojés, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres; que será nunca acabar; ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren: es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato.

—A buen seguro—respondió Sancho—que, por esta vez, antes me han de tener por tonto que por ladrón.

En estas pláticas llegaron, rodeados de muchachos y de otra mucha gente, al castillo, adonde, en unos corredores, estaban ya el Duque y la Duquesa esperando a Don Quijote y a Sancho, el cual no quiso subir a ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al Rucio en la caballeriza, porque decía que había pasado muy mala noche en la posada; y luego subió a ver a sus señores, ante los cuales, puesto de rodillas, dijo:

—Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mío, fui a gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien o mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche; y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo; que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas y las obligaciones que trae consigo el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba;

y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través; y ayer, de mañana, dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella. No he pedido prestado a nadie, ni metíome en granjerías; y aunque pensaba hacer muchas ordenanzas provechosas, no hice casi ninguna, temeroso que no se habían de guardar; que es lo mesmo entonces hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula, sin otro acompañamiento que el de mi Rucio; caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana, con la luz del sol, ví la salida; pero no tan fácil; que a no depararme el cielo a mi señor Don Quijote, allí me quedara hasta el fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez y siete días que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando a vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen «salta tú, y dámela tú», doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor Don Quijote; que en fin en él, aunque como el pan con sobresalto hártome a lo menos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices.

Con esto dió fin a su amarga plática Sancho, temiendo siempre Don Quijote que había de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazón gracias al cielo; y el Duque abrazó a Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haría de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal traído y peor parado.

CAPÍTULO LVII

Que trata de cómo Don Quijote se despidió del Duque.

Ya le pareció a Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía; que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que, como a caballero andante, aquellos señores le hacían; y parecíale que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un día licencia a los Duques para partirse.

Diéronsele, con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase.

Dió la Duquesa las cartas de su mujer a Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo:

—¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habían de parar en volverme yo agora a las arrastradas aventuras de mi amo Don Quijote de la Mancha? Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió a ser quien es, enviando las bellotas a la Duquesa; que, a no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es que a esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho; porque ya tenía yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razón que los que reciben algún beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo dél: y así, podré decir con segura conciencia (que no es poco): «desnudo naef, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.»

Esto pasaba entre sí Sancho el día de la partida; y saliendo Don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los Duques, a la mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron a verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le había dado un bolsico con docientos escudos de oro para suplir los menesteres del camino, y esto aún no lo sabía Don Quijote.

CAPÍTULO LVIII

Que trata de cómo menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas a otras.

Cuando Don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose a Sancho, le dijo:

—La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal

que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara, si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel a quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro quel al mismo cielo!

—Con todo eso—dijo Sancho—que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se queden sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que, como pítima y confortativo, la llevo puesta sobre el corazón para lo que se ofreciere; que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen; que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen.

En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un prado verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres, vestidos de labradores. Junto a sí tenían unas como sábanas blancas, con que cubrían alguna cosa que debajo estaba; estaban empinadas y tendidas, y de trecho a trecho puestas.

Llegó Don Quijote a los que comían, y saludándolos primero cortésmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrían.

Uno dellos le respondió:

—Señor, debajo destes lienzos están unas imágenes de relieve y entalladura, que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea; llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren.

—Si sois servidos—respondió Don Quijote—, holgaría de verlas; pues imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas.

—Y ¿cómo si lo son!—dijo otro—Si no, dígalo lo que cuestan; que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados; y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos.

Y levantándose, dejó de comer y fué a quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de san Jorge, puesto a caballo, con una serpiente enroscada a los pies y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecía una ascua de oro, como suele decirse.

Viéndola Don Quijote, dijo:

—Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina; llamóse Don San Jorge, y fué además defensor de doncellas. Veamos esta otra.

Descubrióla el hombre, y pareció ser la de san Martín, puesto a caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto Don Quijote, cuando dijo:

—Este caballero también fué de los aventureros cristianos, y creo que fué más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad: y sin duda debía de ser entonces invierno; que si no, él se la diera toda, según era de caritativo.

—No debió de ser eso—dijo Sancho—, sino que se debió de atener al refrán que dicen, que para dar y tener, seso es menester.

Rióse Don Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del Patrón de las Españas, a caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola, dijo Don Quijote.

—Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo; éste se llama Don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el cielo.

Luego descubrieron otro lienzo, y apareció que encubría la caída de san Pablo, del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retrato de su conversión suelen pintarse.

Cuando le vió tan al vivo, que dijieran que Cristo le hablaba y Pablo respondía.

—Este—dijo Don Quijote—fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios, nuestro Señor, en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás; caballero andante por la vida, y santo a pie quedo por la muerte; trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, a quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le engañase, el mismo Jesucristo.

No había más imágenes; y así, mandó Don Quijote que las volviesen a cubrir, y dijo a los que las llevaban:

—Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto; porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza; y yo hasta agora no sé lo que conquistó a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejo-

rándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

—Dios lo oiga, y el pecado sea sordo—dijo Sancho a esta ocasión. Admiráronse los hombres, así de la figura como de las razones de Don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir quería. Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes, y despidiéndose de Don Quijote, siguieron su viaje.

Quedó Sancho de nuevo, como si jamás hubiera conocido a su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole:

—En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos han sucedido: della habemos salido sin palos y sin sobresalto alguno; ni hemos echado mano a las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos. Bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos!

—Tú dices bien, Sancho—dijo Don Quijote—; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos ni corren de una misma suerte; y estos que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la Orden del bienaventurado san Francisco; y como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas y vuélvese a su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele a él la melancolía por el corazón, como si estuviere obligada la naturaleza a dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de dar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipión a África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él, abrazándose con el suelo, dijo: «No te me podrás huir, África, porque te tengo asida y entre mis brazos.» Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágenes, ha sido para mí felicísimo acontecimiento.

—Yo así lo creo—respondió Sancho—; y querría que vuesa merced me dijese ¿qué es la causa porque dicen los españoles, cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel san Diego Matamoros: «Santiago y cierra España?» ¿Está por ventura España abierta, y de modo que es menester cerrarla? O ¿qué ceremonia es ésta?

—Simplicísimo eres, Sancho—respondió Don Quijote.....
 y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios a España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido; y así le invocan y llaman como defensor suyo en todas las batallas que acometen; y muchas veces le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones; y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan.

En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba; y a deshora, sin pensar en ello, se halló Don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles a otros estaban tendidas; y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dijo Sancho:

—Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten, si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas y detener micamino. Pues mándoles yo que, aunque estas redes, así como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, y más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó a Venus y a Marte, así las rompiera como si fueran de juncos marinos o de hilachas de algodón.

Y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, a lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado... digo que las sayas eran de riquísimos faldellines de tabí de oro. Traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios, podían competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas, de verde laurel y de rojo amaranto tejidas, la edad, al parecer, ni bajaba de los quince ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué ésta que admiró a Sancho, suspendió a Don Quijote; y reparando en él las pastoras, la sorpresa tuvo en maravilloso silencio a todos cuatro. En fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo a Don Quijote:

—Detened, señor caballero, el paso, y no rompáis las redes; que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo, ahí están tendidas; y porque sé que nos habéis de preguntar para qué se han puesto y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos a holgar a este sitio,

que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las docellas de zagalas y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes, en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta agora no hemos representado. Ayer fué el primero día que aquí llegamos; tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el margen de un abundoso arroyo, que todos estos prados fertiliza; tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles, para engañar los simples pajarillos que ojeados con nuestro ruido vinieren a dar en ellas. Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortésmente, porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía.

Calló, y no dijo más; a lo que respondió Don Quijote:

—Por cierto, hermosísima señora, que no debió quedar más suspenso ni admirado Acteón cuando vió al improviso bañarse en las aguas a Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas, me lo podéis mandar, porque no es otra la profesión mía, sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal, que vuestras personas representan; y si como estas redes deben de ocupar algún pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas; y porque déis algún crédito a esta mi exageración, ved que os lo promete, por lo menos, Don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado a vuestros oídos este nombre.

—¡Ay, amiga de mi alma!—dijo entonces la otra zagala—Y ¡qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? Pues hágote saber que es el más valiente y el más enamorado y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engaña una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leído. Yo apostaré que este buen hombre que viene con él es un tal Sancho Panza, su escudero, a cuyas gracias no hay ningunas que se les igualen.

—Así es la verdad—dijo Sancho—, que soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo Don Quijote de la Mancha historiado y referido.

—¡Ay!—dijo la otra—Supliquémosle, amiga, que se quede; que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello; que también he oído yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho; y sobre

todo, dicen dél que es el más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, a quien en toda España dan la palma de la hermosura.

—Con razón se la dan—dijo Don Quijote—, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza. No os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesión no me dejan reposar en ningún cabo.

Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y gala que a la de las zagalas correspondía. Contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso Don Quijote de la Mancha, y el otro, su escudero Sancho, de quien tenía él ya noticia por haber leído su historia: ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él a sus tiendas, húbolo de conceder Don Quijote, y así lo hizo.

Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que, engañados de la color de las redes, caían en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enterados de quiénes eran Don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenían dél noticia por su historia. Acudieron a las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron a Don Quijote, dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle.

Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó Don Quijote la voz y dijo:

—Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas; y cuando éstos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras si pudiera; porque, por la mayor parte, los que reciben son inferiores a los que dan; y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre a las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrechez y cortedad, en cierto modo, la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido a la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder a la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites

de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así, digo que sustentaré dos días naturales, en mitad de ese camino real que va a Zaragoza, que estas señoras, zagalas contrahechas, que aquí están, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, exceptando sólo a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.

Oyendo lo cual Sancho, que con grande atención le había estado escuchando, dando una gran voz, dijo:

—¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan a decir y a jurar que este mi señor es loco? Digan vuestras mercedes, señores, pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? Ni ¿hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?

Volvióse Don Quijote a Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo:

—¿Es posible, ¡oh, Sancho!, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete a ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto o majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado, a Rocinante. Vamos a poner en efecto mi ofrecimiento; que con la razón que va de mi parte, puedes dar por vencidos a todos cuantos quisieren contradecirla.

Y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados a los circunstantes, haciéndoles dudar si le podían tener por loco o por cuerdo.

Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no era menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referían; con todo esto, salió Don Quijote con su intención, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su Rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto, pues, Don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió al aire con semejantes palabras: —¡Oh, vosotros pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de pie y de a caballo, que por este camino pasáis, o habéis de pasar en estos dos días siguientes!, sabed que Don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que a todas las hermosuras del mundo excenden las que se encie-

rran en las ninfas habitadoras destes prados y bosques, dejando a un lado a la señora de mi alma, Dulcinea del Toboso: por eso, el que fuere de parecer contrario acuda, que aquí le espero.

Dos veces repitió estas mismas razones, aquel día y otro, y dos veces no fueron oídas de ningún aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que el segundo día se descubriese por el camino muchedumbre de hombres a caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y a gran priesa. No los hubieron bien visto los que con Don Quijote estaban, cuando, volviendo las espaldas, se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban, les podía suceder algún peligro; sólo Don Quijote con intrépido corazón se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante.

Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos, que venía más adelante, a grandes voces comenzó a decir a Don Quijote:

—Apártate, hombre del diablo, del camino; que te harán pedazos estos toros.

—Ea, canalla—respondió Don Quijote—, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que críe Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así a carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado; si no, conmigo sois en batalla.

No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y así, el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que a encerrar los llevaban a un lugar donde otro día habían de correrse, pasaron sobre Don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el Rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos a rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote, aporreado el Rucio, y no muy católico Rocinante; pero en fin se levantaron todos; y don Quijote a gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí comenzó a correr tras la vacada, diciendo a voces:

—Deteneos y esperad, canalla malandrina; que un solo caballero os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye hacerle la puente de plata.

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio a Don Quijote, y más enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando a que Sancho, Rocinante y el Rucio llegasen. Llegaron, volvieron a subir amo y mozo, y sin volver a despedirse de la Arcadia fingida o contrahecha, y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino.

CAPÍTULO LIX

*Donde se cuenta el extraordinario suceso,
que se puede tener por aventura, que le sucedió a Don Quijote.*

Al polvo y al cansancio que Don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno, al Rucio y a Rocinante, los dos asendereados, amo y mozo, se sentaron. Acudió Sancho a la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solía llamar condumio; enjugóse la bora y lavóse Don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados. No comía Don Quijote, de puro pesaroso, y Sancho no osaba tocar a los manjares que delante tenía, de puro comedido, y esperaba a que su señor hiciese la salva; pero viendo que, llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan a la boca, abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó a embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecía.

—Come, Sancho amigo—dijo Don Quijote—; sustenta la vida, que más que a mí te importa, y déjame morir a mí a manos de mis pensamientos y a fuerza de mis desgracias. Yo Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; y al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales indómitos y feroces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.

—Desa manera—dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa—, no aprobará vuesa merced aquel refrán que dicen: «muera Marta, y muera harta»; yo a lo menos no pienso matarme a mí mismo; antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere; yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced; y créame, y después

de comido échese a dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá cómo cuando despierte se halla más aliviado.

Hízolo así Don Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho más eran de filósofo que de mentecato, y díjole:

—Si tú, joh, Sancho!, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serían mis alivios más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejo de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos o cuatrocientos azotes a buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea; que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.

—Hay mucho que decir en eso—dijo Sancho—; durmamos por ahora entrambos; y después, Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre a sangre fría es cosa recia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido. Tenga paciencia mi señora Dulcinea; que cuando menos se cate, me verá hecho una criba de azotes; y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aún yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido.

Agradeciéndoselo Don Quijote, comió algo, y Sancho mucho, y echárose a dormir entrambos, dejando a su albedrío y sin orden alguna, pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, a los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el Rucio. Despertaron algo tarde, volvieron a subir y a seguir su camino, dándose prisa para llegar a una venta que, al parecer, una legua de allí se descubría: digo que era venta, porque Don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar a todas las ventas castillos. Llegaron, pues, a ella; preguntaron al huésped si había posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias a la caballeriza, echóles sus piensos, salió a ver lo que Don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que a su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta.

Llegóse la hora del cenar, recogieron a su estancia, preguntó Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar.

A lo que el huésped respondió que su boca sería medida; y así, que pidiese lo que quisiese; que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta.

—No es menester tanto—respondió Sancho—; que con un par de pollos

que nos asen, tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy tragantón en demasía.

Respondióle el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados.

—Pues mande el señor huésped—dijo Sancho—asar una polla, que sea tierna.

—¡Mi padre!—respondió el huésped—En verdad, en verdad, que envíe ayer a la ciudad a vender más de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere.

—Desa manera—dijo Sancho—, no faltará ternera o cabrito.

—En casa por ahora—respondió el huésped—no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra.

—¡Medramos estamos con eso!—respondió Sancho—Yo pondré que se vienen a resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos.

—¡Por Dios—respondió el huésped—, que es gentil relente el que mi huésped tiene; pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, y ¡quiere que tenga huevos! Discorra, si quisiere, por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas.

—Resolvámonos, ¡cuerpo de mí!—dijo Sancho—, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos.

—Señor huésped—dijo el ventero—, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, o dos manos de ternera que parecen uñas de vaca: están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: «cómeme, cómeme».

—Por más las marco desde aquí—dijo Sancho—; y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto; y no se me daría nada que fuesen manos, como ni que fuesen uñas.

—Nadie las tocará—dijo el ventero—; porque otros huéspedes que tengo de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostería.

—Si por principales va—dijo Sancho—, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas o de nísperos.

Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle; que ya le había preguntado qué oficio o qué ejercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora del cenar, recogióse a su estancia Don Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse a cenar muy de propósito.

Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quijote estaba que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir Don Quijote:

—Por vida de vuesa merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena, leamos otro capítulo de la Segunda Parte de *Don Quijote de la Mancha*.

Apenas oyó su nombre Don Quijote, cuando se puso en pie, y con oído alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió:

—¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la Primera Parte de la historia de Don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta Segunda?

—Con todo eso—dijo el don Juan—, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena.

—Lo que a mí en éste más me desplace es que pinta a Don Quijote ya enamorado de Dulcinea del Toboso.

Oyendo lo cual Don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo:

—Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar a Dulcinea del Toboso... yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla toda su vida y sin hacerle tuerto alguno.

—¿Quién es el que nos responde?—respondieron del otro aposento.

—¿Quién ha de ser—respondió Sancho—sino el mismo Don Quijote de la Mancha?, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere; que al buen pagador no le duelen prendas.

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros (que tales lo parecían); y uno dellos, echando los brazos al cuello de Don Quijote, le dijo:

—Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego.

Y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó Don Quijote; y sin responder palabra, comenzó a hojearle, y de allí a un poco se le volvió, diciendo:

—En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor, dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama Mari Gutiérrez; y no se llama así, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerre en todas las demás de la historia.

A esto dijo Sancho:

—¡Donosa traza de historiador, por cierto! ¡Bien debe de estar en el momento de nuestros sucesos, pues llama a Teresa Panza, mi mujer, Mari Gutiérrez! Torne a tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre.

—Por lo que os he oído hablar, amigo—dijo don Jerónimo—, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor Don Quijote.

—Sí soy—respondió Sancho—, y me precio dello.

—Pues a fe—dijo el caballero—que no os trata este autor moderno con limpieza que en vuestra persona se muestra: pintaos comedor y simple, no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la Primera Parte de la historia de vuestro amo se describe.

—Dios se lo perdone—dijo Sancho—; dejárame en mi rincón, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está san Pedro en Roma.

Los dos caballeros pidieron a Don Quijote se pasase a su estancia a cenar con ellos; que bien sabían que en aquella venta no había cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos; quedóse Sancho con la olla con un cerro mixto imperio; sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que, no menos que Sancho, estaba de sus manos y de sus uñas aficionado.

Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar a Don Quijote los extraños sucesos de su historia; y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenían por discreto, y allí se le deslizaba por mentecato, sin saber determinar qué grado le darían entre la discreción y la locura.

Acabó de cenar Sancho; y dejando hecho equis al ventero, se pasó a la estancia de su amo, y en entrando, dijo:

—Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuestas mercedes venen, no quiere que no hagamos buenas migas juntos; yo quería que me llama comilón, como vuestas mercedes dicen, no me llamase también borracho.

—Sí llama—dijo don Jerónimo—; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente.

—Créame vuestras mercedes—dijo Sancho—que el Sancho y el Don Quijote de esa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado; y yo, simple, gracioso, y no comedor ni borracho.

—Yo así lo creo—dijo don Juan—; y si fuera posible, se había de mandar que ninguno fuera osado a tratar de las cosas del gran Don Quijote, si no fuese Cide Hamete, su primer autor; bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado a retratarle, sino Apeles.

—Retrátame el que quisiere—dijo Don Quijote—; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.

—Ninguna—dijo don Juan—se le puede hacer al señor Don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que, a mi parecer, es fuerte y grande.

En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque don Juan quisiera que Don Quijote leyera más del libro, por ver lo que decía, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y que confirmaba por todo necio, y que no quería, si acaso llegase a noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que lo había leído; pues de las cosas obscenas y torpes, los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos.

Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje.

Respondió que a Zaragoza, a hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años.

Dijole don Juan que aquella nueva historia contaba cómo Don Quijote sea quien se quisiere, se había hallado en ella en una sortija, falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

—Por el mismo caso—respondió Don Quijote—, no pondré los pies en Zaragoza; y así sacaré a la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el Don Quijote que él dice.

—Hará muy bien—dijo don Jerónimo—, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.

—Así lo pienso hacer—dijo Don Quijote—; y vuestras mercedes me dan licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.

—Y a mí también—dijo Sancho—; quizá será bueno para algo.

Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron a su aposento, dejando a don Juan y a don Jerónimo admirados de ver la mezcla que habían hecho de su discreción y de su locura, y verdaderamente creían que éstos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, y no los que escribía el autor aragonés. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tablero del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al amo entero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provisión de su venta, o la tuviese más proveída.

CAPÍTULO LX

De lo que sucedió a Don Quijote yendo a Barcelona.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el día en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir a Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenía de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decían que le vituperaba. Sucedió, pues, que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas o alcornoques; que esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo; y acomodándose a los troncos de los árboles, Sancho, que había merendado bien aquel día, se dejó entrar en el rondón por las puertas del sueño; pero Don Quijote, a quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podía pegar los ojos; así iba y venía con el pensamiento por mil sucesos y lugares. Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su gallina a la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlín, que le referían las codiciones y diligencias que se habían de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea.

Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho, su escudero; y así, a lo que creía, solos cinco azotes se había dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: «Si el nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: «tanto monta cortar como desatar», y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni menos podría suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase a Sancho a pesar suyo; ¿qué si la condición deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil

y tantos azotes, ¿qué se me da a mí que se los de él, o que se los de otro? Pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren.»

Con esta imaginación se llegó a Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodádaslas en modo que pudiese azotarle con ellas. Comenzó a quitar las cintas (que es opinión que no tenía más que la delantera) en que se sustentaban los gregüescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo:

—¿Qué es esto? ¿Quién me toca y desencinta?

—Yo soy—respondió Don Quijote—, que vengo a suplir tus faltas y remediar mis trabajos; véngote a azotar, Sancho, y a descargar en parte la deuda a que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y así, desatacate por tu voluntad; que la mía es de darte en esta soledad, por lo menos dos mil azotes.

—Eso no—dijo Sancho—; vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios que me eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía; y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos, que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su capitán.

—No hay dejarlo a tu cortesía, Sancho—dijo Don Quijote—, porque eres duro de corazón, y, aunque villano, blando de carnes.

Y así, procuraba y pugnaba por desenlazarle.

Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiéndolo a su amo, se abrazó con él a brazo partido, y echándole una zancadilla, dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni aleñar.

Don Quijote le decía:

—¿Cómo, traidor? ¡Contra tu amo y señor natural te desmandas! ¡Contra quien te da su pan te atreves!

—Ni quito rey ni pongo rey—respondió Sancho—, sino ayúdome a mí que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora; que yo le dejaré libre y desembarazado donde no,

Aquí morirás, traidor,
enemigo de doña Sancha.

Prometiéndole Don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese.

Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar, un buen espacio; y yendo

arrimarse a otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos, topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo; acudió a otro árbol, y sucedióle lo mesmo; dió voces, llamando a Don Quijote que le favoreciese. Hízolo así Don Quijote, y preguntándole qué le había sucedido y de qué tenía miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos Don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y díjole a Sancho:

—No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas, que tantas no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona. Y así era la verdad, como el lo había imaginado.

Al primer albor alzaron los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía; y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos, que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su capitán.

Hallóse Don Quijote a pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada a un árbol, y finalmente, sin defensa alguna; y así, tuvo por bien de cruzar las manos e inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura. Acudieron los bandoleros a expulgar al Rucio y a no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía; y avínole bien a Sancho, que en una ventrera, que tenía ceñida, venían los escudos del Duque y los que habían sacado de su tierra; y con todo eso, aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color morena.

Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales, a los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman a los que andan en aquel ejercicio) iban a despojar a Sancho Panza; mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y a Don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse a él, diciéndole:

—No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos

de algún cruel Busiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas.

—No es mi tristeza—respondió Don Quijote—por haber caído en tu poder, ¡oh, valeroso Roque!, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, según la Orden de la andante caballería, que profeso, a vivir continuo alerta, siendo a todas horas centinela de mí mismo; porque te hago saber, ¡oh, Roque!, que si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe.

Luego Roque Guinart conoció que la confianza de Don Quijote tocaba más en locura que en valentía; y aunque algunas veces le había oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir a que semejante humor reinase en corazón de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de lejos dél había oído; y así, le dijo:

—Valeroso caballero, no os despechéis, ni tengáis a siniestra fortuna esta en que os halláis; que podría ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase; que el cielo, por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres.

Llegó en esto uno de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venía, y dar aviso a su mayor de lo que pasaba, y éste dijo:

—Señor, no lejos de aquí, por el camino que va a Barcelona, viene un gran tropel de gente.

A lo que respondió Roque:

—¿Has echado de ver si son de los que nos buscan, o de los que nosotros buscamos?

—No, sino de los que buscamos—respondió el escudero.

—Pues salid todos—replicó Roque—, y traédmelos aquí luego, sin que se os escape ninguno.

Hiciéronlo así, y quedándose solos Don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron a ver lo que los escuderos traían, y en este entretanto dijo Roque a Don Quijote:

—Nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. A mí me han

puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado a despecho y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama a otro y un pecado a otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que, no sólo las mías, pero las ajenas tomo a mi cargo; pero Dios es servido de que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél a puerto seguro.

Admirado quedó Don Quijote de oír hablar a Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear, no podía haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle:

—Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena; vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo (o Dios, por mejor decir), que es nuestro médico, le aplicará medicinas que lo sanen, las cuales suelen sanar poco a poco, y no de repente y por milagro, y más, que los pecadores discretos están más cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia. Y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvación, véngase conmigo; que yo le enseñaré a ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo.

Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros a caballo y dos peregrinos a pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que a pie y a caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían. Cogieronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando a que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó a los caballeros que quién eran y adónde iban, y qué dinero llevaban.

Uno dellos le respondió:

—Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española; tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos a embarcarnos en cuatro galeras que, dicen, están en Barcelona con orden de pasar a Sicilia; llevamos hasta docientos o trecientos escudos, con que, a nuestro parecer, vamos ricos y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros.

Preguntó Roque a los peregrinos lo mismo que a los capitanes; fué respondido que iban a embarcarse para pasar a Roma, y que entre entrambos podían llevar hasta sesenta reales.

Quiso saber también quién iba en el coche y adónde, y el dinero que llevaban; y uno de los de a caballo dijo:

—Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del Regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche; acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.

—De modo—dijo Roque Guinart—, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales; mis soldados deben de ser hasta sesenta; mírese a cómo le cabe a cada uno, porque yo soy mal contador.

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo:

—¡Viva Roque Guinart muchos años, a pesar de los lladres que su perdición procuran!

Mostraron afligirse los capitanes, entristeciéndose la señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscación de sus bienes. Títulos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podía conocer a tiro de arcabuz; y volviéndose a los capitanes, dijo:—Vuestas mercedes, señores capitanes, por cortesía, sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad, de lo que canta yanta; y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconducto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mías, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño; que no es mi intención de agraviar a soldados ni a mujer alguna, especialmente a las que son principales.

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron a Roque su cortesía y liberalidad; que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera; antes le pidió perdón del agravio que le hacía, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora Regenta a un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habían repartido, y ya los capitanes habían desembolsado los sesenta.

Iban los peregrinos a dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos; y volviéndose a los suyos, les dijo:

—Destos escudos, dos tocan a cada uno y sobran veinte; los diez se

den a estos peregrinos, y los otros diez a este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura.

Y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveído Roque, les dió por escrito un salvoconducto para los mayores de sus escuadras; y despidiéndose dellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno, que por ladrón conocido.

Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana:—Este nuestro capitán, más es para frade que para bandolero; si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra.

No lo dijo tan paso el desventurado, que dejase de oírlo Roque, el cual, echando mano a la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole:

—Desta manera castigo yo a los deslenguados y atrevidos.

Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenían. Apartóse Roque a una parte, y escribió una carta a un su amigo a Barcelona, dándole aviso cómo tenía consigo al famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían; y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí a cuatro días, que era el de la Degollación de San Juan Bautista, se le pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante, su caballo, y a su escudero Sancho sobre un asno; y que diese noticia desto a sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen; que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells, sus contrarios; pero que esto era imposible, a causa que las locuras y discreciones de Don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podían dejar de dar gusto general a todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona y la dió a quien iba.

CAPÍTULO LXI

De lo que le sucedió a Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto.

Tres días y tres noches estuvo Don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida.